

---

---

## LA SEMANA SANTA.

---

### I.

Hay dias cuya santa solemnidad viene á desper-  
tar en nuestro corazon el sentimiento más alto de  
nuestra existencia, el recuerdo más misterioso de  
nuestro origen, la única esperanza de nuestro  
porvenir.

La religion llama á nuestra memoria con la  
voz de diez y nueve siglos.

Empieza hoy el gran aniversario de la redencion  
del hombre.

La raza de Adan ha sembrado la tierra de ini-  
quidades.

Todas las aguas del diluvio no han podido la-  
var la inmensa mancha de sus delitos.

Solo puede borrarla la sangre de un Dios.

No hay castigo que iguale al crimen, y es pre-  
ciso un sacrificio.

La justicia pide la expiacion, la misericordia ofrece la víctima.

El mundo está cubierto de oprobio: la víctima ha de ser pura y la víctima baja del cielo.

Se acerca el gran día y entra en Jerusalem el Redentor del mundo.

El pueblo ciego que lo ha de sacrificar, lo recibe con palmas triunfantes y con ramos de oliva. «Tendia sus vestidos por el camino y echaba ramas de árboles y hojas de flores y lo seguia clamando: Bendito sea el que viene en nombre del Señor.»

Poco despues lo crucificó.

Uno de sus discípulos lo vende por treinta monedas de plata, y la señal para entregarlo á sus verdugos es un beso de paz.

San Pedro lo niega tres veces.

Es abofeteado y azotado, escupido y escarnecido. Ciñen á su cabeza una corona de espinas.

Barrabás es preferido á Jesús.

Lo llevan á casa de Caifás, á casa de Pilatos en medio de las injurias de un pueblo frenético.

Al fin lo condenan á muerte.

Colocan sobre sus hombros el terrible instrumento de su suplicio.

Tres veces besa la tierra agobiado bajo el peso de la cruz.

Sube al Calvario, y sus manos y sus piés son desgarrados por los agudos clavos que los traspasan.

Así es suspendido en el aire y colocado entre dos ladrones.

Todavía lo insultan.

Los soldados se juegan su túnica.

Su agonía es lenta.

Se diria que la muerte no se atreve á penetrar en aquel cuerpo sagrado.

Es preciso que aquellos augustos dolores no tengan ejemplo, y hasta el respeto de la muerte es cruel para la víctima.

Tiene sed, y humedecen sus labios moribundos con una esponja empapada en hiel y vinagre.

Parece que la ferocidad humana ha agotado sus terribles recursos en este cruento sacrificio.

¡Qué nuevo suplicio, qué nuevo tormento queda que inventar á la imaginacion más cruel y más fecunda!

¿No se cree que la barbárie de los hombres ha llegado á los límites de la perversidad?

Pues, sin embargo, aun hay una gota, la última gota, en el fondo de ese cáliz de amargura.

Falta todavía el último ultraje y la última crueldad.

Longinos clava su lanza en el pecho del hijo de Dios y el sacrificio queda consumado.

La razon turbada se detiene en el umbral de este drama sublime, cuyos lugares son la tierra y el cielo; sus personajes Dios y los hombres; su tiempo la eternidad.

Se detiene atónita ante la inmensidad de una misericordia más grande que el universo.

¿Cómo ha de penetrar el hombre en el recóndito seno de ese amor infinito?

Dios mismo baja á sacrificarse por los hombres. El altar es la tierra, y la víctima está sobre el altar.

Ha tomado carne para que sea despedazada, ha tomado sangre para perderla hasta la última gota, se ha hecho hombre para no desperdiciar ni uno siquiera de sus dolores.

Pero ¿quién se atreve á poner sus manos impías sobre este cordero inmaculado?

El aire se perfuma para que él lo respire, la mar se humillá ante su planta, el fuego se oscurece ante sus ojos, la tierra se estremece de dolor al anuncio de su muerte.

¿Qué fiera hambrienta se atreverá á devorarlo?

¿Dónde está el brazo que ha de herir á la víctima?

De la misma raza que vá á ser purificada salen los verdugos.

Este es el misterio que viene á llamar á las puertas de nuestro corazón.

Este es el eco inextinguible que viene de siglo en siglo, de año en año, gritando por todos los ángulos de la tierra: el hombre está redimido.

La Semana Santa es el augusto aniversario de una pasión tremenda, es el recuerdo de nuestra salvación.

El bullicio de los placeres huye avergonzado, los vicios se ocultan, las pasiones se amansan y la fé llena los templos.

Parece que se respira una atmósfera más suave, y que todos los corazones palpitan á la vez oprimidos por el peso de una santa tristeza.

En Madrid se esparce un silencio que todo lo llena.

El ruido tumultuoso de esta población desaparece.

El estruendo de los coches se suspende, las campanas mudas no se atreven á turbar el reposo del aire, y la gente vá de templo en templo silenciosa y tranquila.

Todo se suspende en estos días de recogimiento y de tristeza, como una señal de luto.

La Iglesia celebra los funerales del Hijo de Dios.

La contemplacion de este santo misterio abisma el espíritu, entristece el corazon, y alienta la esperanza.

Todo lo que pide el Dios crucificado es arrepentimiento.

Los misterios de la religion cristiana son para los ojos mortales, lo que la luz intensa de un sol de medio dia para esas aves que solo pueden ver en la oscuridad de la noche.

Semejantes al sol todo lo llenan de claridad, sin que sea posible fijar en ellos por mucho tiempo los ojos.

El talento más poderoso puede ser incrédulo, pero ¿llegará á serlo nunca un corazon sublime?

¡Cuántas veces los *espíritus fuertes* descubrirán su cabeza ante el sepulcro de un ciudadano que dió su vida por la salvacion de su pátria!

¡Cuántas veces doblarán la rodilla ante la estatua de un rey que ha salvado á un pueblo á precio de su sangre!

Y sin embargo, no creen que un Dios se sacrifique por el género humano, que un padre muera por sus hijos.

¿Se negará la deuda porque no hay con que pagarla?

¡Puede un padre entregar al verdugo su cabeza por salvar la de su hijo; puede una madre de-

jarse despedazar por no perder el fruto de sus entrañas, y no puede Dios derramar su sangre para redimir al mundo!

Pero esto es la continuacion del sacrificio.

La pasion no ha concluido.

Los personajes del drama santo prevalecen.

Caifás está todavía entre los hombres.

Pilatos se ha perpetuado.

Júdas sigue vendiendo á su maestro, por treinta monedas de plata.

La turba que pide la libertad de Barrabás queda todavía sobre la tierra.

La pasion es la historia de la especie humana.

El mundo es el Calvario de la verdad, de la justicia y de la virtud.

Pero así como la sangre del cordero divino no se borrará jamás de la tierra, la verdad, la justicia y la virtud serán eternas.

¡Jerusalen! Tú te has extendido por el mundo, pero al llevar tu iniquidad, llevas tambien la antorcha que ilumina la tierra.

La cruz se levanta delante de nosotros para guiarnos en esta peregrinacion dolorosa.

Ya no es posible perderse sin quererse perder.

## II.

El tiempo es santo.

Por vigoroso que sea el impulso que nos tiene en continuo movimiento hemos llegado á ese período del año, á esa semana solemne en que es preciso pararse.

Parece mentira; despues de haber adelantado tanto llegamos á un momento en que no hay más remedio que retroceder.

Hé aquí un caso que no se había previsto al declarar al hombre en perpétuo progreso.

Se me representa en estos dias el espíritu humano bajo la forma de un niño que ha perdido su casa.

Se ha extraviado en el confuso laberinto que forman las encrucijadas de una ciudad populosa.

Las calles le van saliendo al encuentro como si experimentaran un verdadero placer en apartarlo cada vez más de las inmediaciones de su casa.

Se puede decir que uno lo deja y otro lo toma.

Por un refinamiento de crueldad incalculable parece que cada esquina le hace creer que detrás de ella acaba de ocultarse lo que busca.

Todas las bocas-calles se le acercan y pronuncian á su oído, como la revelacion de un secreto, estas engañadoras palabras:

«Por aquí.»

Las casas mismas, que llevan en sí la alta mi-

sion de poner al hombre á cubierto de las indiscreciones de las calles; ellas que guardan tantos secretos y ocultan tantas miserias, caen tambien en la debilidad de engañar al pobre niño que ha tenido la desgracia de estraviarse.

A lo lejos todas las casas le parecen la suya.

Pero, ¡bah!, ¿quién no toma parte en la tarea, cuando menos divertida, de estraviar más y más al que una vez ha empezado á perderse?

Si un niño no es un testimonio bastante seguro, pregúntesele á las mujeres.

Si la palabra de una mujer no basta, pregúntesele á los poderosos.

Desgraciado de aquel que empieza á volverse loco. ¿Quién al pasar junto á él no echará una gota más en el vaso de su locura?

En el camino de la perdicion el primer paso es el difícil, porque todo lo demás nos lo encontramos hecho.

¿Qué hay en el fondo de los abismos, que no podemos mirarlo sin sentir un impulso irresistible de arrojarnos en ellos?

El niño vá de calle en calle, de casa en casa, esto es, de desengaño en desengaño, y sin embargo, cada vez cree hallarse más cerca de lo que busca.

No son solamente las calles las que lo extravían, ni las casas las que lo engañan.

Cuantas mujeres vé le parecen su madre.

Todos los niños que encuentra le parecen sus hermanos.

Todos los hombres que cruzan delante de él le parecen sus vecinos.

El tiempo que no es curioso quizá porque todo lo sabe, pasa como siempre sin detenerse ni un momento siquiera á presenciar los variados incidentes de este incesante espectáculo que se llama mundo.

Si el tiempo fuera curioso, probablemente estaríamos aún en los primeros tiempos.

Pero en vano se llena nuestra época de grandes acontecimientos, de raros sucesos, de admirables descubrimientos.

En vano se tienta la curiosidad de ese sér incomprendible, trazando ante sus ojos misteriosos geroglíficos, planteando absurdos problemas, anunciando interesantes imposibles.

En vano la naturaleza misma se empeña desde el principio del mundo en detenerlo.

Cuatro esfuerzos hace todos los años.

Agota en la primavera los recursos de su belleza, como si quisiera encadenarlo á su hermosura.

Enciende en el verano todo el fuego de su grandeza para sujetarlo á su deseo, como la luz de

una bujía encadena alrededor de la llama el inconstante vuelo de una mariposa.

Derrama en el otoño todos los encantos de la tristeza, de esa tristeza irresistible con que las mujeres bañan sus ojos cuando quieren detener al amante que se les escapa.

El invierno tiende por todas partes el frío de la muerte: el agua se detiene, la vegetación se para. Todo es en vano; ni lo seduce la hermosura, ni lo deslumbra la luz, ni lo enternece la tristeza, ni lo hiela la muerte.

El tiempo es así; tenaz como la gota de agua que taladra la piedra, inflexible como la línea recta.

Jamás hemos podido detenerlo.

Ni siquiera vuelve los ojos á mirar, aunque sea de lejos; este magnífico espectáculo, esta gran batalla que se están dando nuestra soberbia y nuestra miseria.

A pesar de nuestra atronadora algarabía, el tiempo pasa indiferente, impasible.

¡Cuánto desden hay en su impasibilidad!

¡Cuánto desprecio en su indiferencia!

No sabe uno si se debe indignar ó avergonzarse.

El tiempo pasa y el niño no encuentra su casa.

Las cosas que se buscan no son precisamente las que se encuentran.

¡Cuántas cosas no se habrían encontrado aún si no hubieran tenido ellas la condescendencia de venir á ponerse en nuestra presencia!

Casi siempre que se descubre algo, lo primero que se vé es que ha podido descubrirse antes.

Después que se sabe una cosa, parece mentira que no se haya visto hasta entonces.

La ciencia ha pasado muchas veces por delante de los descubrimientos que más la enorgullecen sin verlos, hasta que ellos mismos han dicho: Aquí estamos.

El corazón humano que busca un objeto de cariño, suele no encontrarlo hasta que él mismo le sale al encuentro y le dice: Yo soy.

De esta manera le sale al paso la madre al niño extraviado; lo coge de la mano y lo hace retroceder hasta su casa, desde cuya puerta se había perdido.

Hé aquí lo que hace la Semana Santa.

Nos sorprende en medio de nuestros extravíos, nos coge de la mano y nos hace retroceder diez y nueve siglos.

En medio de esta civilización opulenta y sabia, en medio de esta libertad moderna y de esta razón casi acababa de hacer, me parece que tenemos derecho á preguntar.

Nosotros decimos: ¿Quién eres?

La Semana Santa nos contesta con la voz de nuestra misma conciencia:

Yo soy una tradición inmortal.

Este aniversario augusto viene como un rayo de luz á mostrarnos el abismo que valido de la oscuridad nos atrae hácia sus profundidades.

Por más que gritemos adelante, la Semana Santa nos hace volver atrás.

Esto se verifica de una manera misteriosa y triste.

El ruido de la vida, el tumulto de las pasiones y de los intereses y la agitación de los placeres se apagan como una voz que se extingue.

Parece que la humanidad se oculta en el silencio y en la tristeza, como si no quisiera ser reconocida.

Va á prosternarse ante un sepulcro que ella misma ha abierto, va á besar los pies de la víctima que ella misma ha crucificado.

No es Madrid el pueblo de España donde esta solemnidad se celebra con la pompa majestuosa con que tan augusto misterio debe retratarse á los ojos del pueblo.

¿Y por qué?

En Madrid hay de todo: magníficos palacios, un gran teatro, acaso un gran pueblo, muchos grandes hombres, casi toda la grandeza de Espa-

ña; de aquí salen siempre las grande cosas; tal vez en estos instantes se fraguan grandes acontecimientos.

Esto es natural: los que gozan, los que medran, los que intrigan, los que saben vivir, no debían quedar desatendidos.

Los que creen... eso es otra cosa. Quizá quieren demasiado para estos tiempos de economía y de política.

Quieren un gran templo.

---

## EL CRÉDITO.

---

Tiene la riqueza su perfume como las flores, su espuma como el agua, su atmósfera como la tierra, su espacio como el universo, su poesía como el corazón, su espiritualismo como las ideas.

El crédito es al dinero lo que el resplandor á la luz, lo que la sombra al cuerpo, lo que el eco á los sonidos.

Se puede decir que la riqueza es una especie de aritmética, en que los guarismos inflexibles no suman nunca más que la cantidad exacta, esto es, la cantidad que hay; al mismo tiempo que el crédito es una especie de álgebra que nos representa por medio de letras fantásticas las cantidades que se sueñan.

Aunque parezca raro, es indudable que la riqueza tiene su metafísica, su parte abstracta, su fantasía.



El dinero es la realidad y el crédito la ilusión.

Crédito, digan lo que quieran los economistas, no es más que la pompa del capital, el brillo del oro, el ruido del dinero.

Por medio de ingeniosas combinaciones de cristales, se ha conseguido dar á los objetos más imperceptibles dimensiones fabulosas.

Así es que al través del microscópio, una gota de agua nos parece el mar, un grano de arena una montaña.

Mucho antes que la ciencia descubriera este medio sencillo de engrandecer todo lo pequeño, la razón, las pasiones y los deseos habian hecho mares de gotas de agua, y mundos de granos de arena.

La razón tomó por su cuenta á ese grano de arena que se llama hombre, y nos lo hace ver por un esfuerzo de óptica bajo las formas gigantescas de un Dios.

El amor no quiso ser menos que la razón, y apoderándose de nuestros ojos, cogió esa gota de agua que se llama mujer, y la hizo aparecer sobre la tierra tan grande como un océano de felicidad.

Los deseos, ese vidrio de aumento al través del cual miramos todo lo que apetecemos, nos presentan continuamente mundos ignorados y cielos desconocidos, que á la simple vista, no son más

que granos de arena y gotas de agua, que el viento de una noche se lleva ó el sol de una mañana disipa.

El nombre, esa contraseña con que viajamos por la vida, tampoco quiso contentarse con los límites propios de su naturaleza, é inventó el eco prodigioso de la fama y el cristal fantástico de la gloria.

Por medio del ingenioso mecanismo de la posteridad, adquirió el privilegio esclusivo de irse engrandeciendo en la misma proporción que se va alejando.

Este sistema inesplicable que consiste en aumentar una cantidad sin añadirle nada, se interpuso misteriosamente entre las íntimas relaciones de los números y se encuentra medio escondido en las primeras nociones de la aritmética.

Cero: hé aquí la demostración matemática de ese sistema.

Aplíquese el cero á la derecha de cualquier guarismo, y la suma crece indefectiblemente, sin que pueda decirse que se le ha añadido una nueva cantidad.

La riqueza, cuya propensión natural es á aumentarse, debió pensar seriamente sobre todo esto, y debió buscar para sí la aplicación eficaz de un sistema tan maravilloso.

A fuerza de discurrir, tropezó con un rayo de luz.

Brilló á sus ojos el oro como un pensamiento luminoso, ó mejor dicho, como la forma de su pensamiento.

El problema le debió parecer resuelto á primera vista. La cuestion era llenar un espacio vacío, y adquirir al mismo tiempo la facilidad de moverse en todas direcciones.

El oro por una condescendencia sin ejemplo se prestó á la prueba, sin duda por la codicia de aumentar su valor.

Entregóse á las terminantes exigencias del cuño, y la moneda apareció como una expresion feliz, como la fórmula ignorada de una idea que todavía no había tenido su perfecta representacion.

La riqueza adquirió, por decirlo así, su palabra, su frase corriente, su traduccion natural, y el dinero se hizo el intérprete de todo valor, abarcando hasta el valor inmenso que un hombre necesita para venderse.

Así empezó el dinero su brillante carrera.

Su mision era llenar el vacío, y se hizo de oro para deslumbrar, se hizo sonoro para meter ruido, y redondeándose poco á poco, consiguió la figura más á propósito para circular rápidamente por la superficie de la tierra.

Pero todo esto no era en realidad más que un paso; la ilusion fué desvaneciéndose y resultó al fin:

Primero, que el resplandor era mayor que la luz.

Segundo, que era más el ruido que las nueces.

Tercero, que la rapidez no consigue jamás que un cuerpo pueda estar á un mismo tiempo en todas partes.

Suma total: que el dinero no llenaba el vacío del bolsillo público ni el de los bolsillos particulares.

En vano corria de un punto á otro saltando de una á otra mano, escapándose sucesivamente de todas partes para no hacer falta en ninguna.

El bolsillo es intransigente como el estómago, y cuando se siente vacío, no hay manera de convencerle.

Había necesidad de descubrir un medio más seguro, un procedimiento más completo, porque el dinero no era bastante, y la riqueza no crecía con la rapidez necesaria.

Era preciso crear el microscopio, el espejo de aumento, el cero maravilloso.

Un día la riqueza, fatigada de verse tan pobre de recursos, debió quedarse dormida.

Si los sueños son algunas veces las representa-

ciones engañosas de nuestros más vivos deseos, la riqueza debió soñar que se multiplicaba como las arenas del mar, y como las estrellas del cielo.

Si lo soñó, debió creerlo; porque una de las cosas más admirables del sueño, es que despues de habernos engañado mil veces, no hay una vez siquiera que soñando no nos parezca verdad todo lo que soñamos.

La mentira no ha encontrado otra manera de vivir, y así es que muere en el momento que deja de parecer verdad.

Despertar es simplemente salir de un error.

Pero la riqueza se encontraba en el caso de aprovechar hasta el último recurso, y la verdad es, que durante el sueño habia creído en su prodigiosa multiplicacion.

No se daba cuenta de cómo habia podido dejarse engañar.

Sin saberlo estaba al borde del descubrimiento.

El fenómeno que no comprendia, no era ni más ni menos que lo que buscaba.

¡Creer en una riqueza imaginaria! Esto no cabia dentro de la cabeza del dinero.

No obstante, el dinero es calculador y al fin penetró en el secreto.

En él estaba el microscopio, el espejo de aumento, el cero inagotable: allí estaba el crédito.

A esta palabra mágica, el bolsillo se dilata como un pecho que respira y se trasforma en Bolsa. Necesitaba un nombre proporcionado á su nueva magnitud.

Existia el gérmen de una raza oscurecida, ignorada, que aun no habia encontrado la aplicacion de sus facultades; un nuevo sér que necesitaba otra atmósfera para vivir, y detrás del crédito brotó el banquero, como brotaron nuevas generaciones de plantas despues de las aguas del diluvio.

Le llegó su vez y apareció: antes no habia tenido nada que hacer sobre la tierra.

Hasta entonces no se habian conocido más que en el mar los bancos de arena, en los jardines los bancos de piedra, los banquetes en ciertas solemnidades, y el banquillo de los acusados en todos los tribunales.

De repente apareció el *Banco*.

*Banco* es la facultad de disponer de mil, no teniendo más que quinientos.

Es doblar un capital con la misma prontitud y con la misma facilidad que se dobla una esquina.

Es omitir dinero y emitir papel.

Es el modo sencillo y breve de pedir dinero prestado á todo el mundo por medio de billetes.

No es solamente el modo sencillo de pedirlo, sino tambien el modo de obtenerlo sin rédito ninguno.

Crédito, que segun los economistas, quiere decir confianza, es una palabra que se aplica indistintamente al bolsillo de cualquiera.

Más que confianza debia llamarse franqueza.

Es una promesa que vá de un punto á otro con incansable movilidad, y que nunca se cumple por completo.

Crédito es el déficit que no se liquida jamás definitivamente.

Colóquese un duro en el centro de un círculo de espejos, y la multiplicacion saltará á la vista; en cada espejo aparecerá un nuevo duro. Tratándose de espejos, esta es una verdadera especulacion.

El que tiene un duro, tiene muchísimo más de veinte reales. Tiene tantos duros como personas saben que lo tiene.

Por otra parte, el crédito no es la medida de lo que hay, sino la suma total de lo que debia haber. Por eso es tan grande.

En todo grano de trigo hay una espiga. No falta más que sembrarla, cuidarla por espacio de muchos meses, y que al fin la espiga cuaje y se sazone.

Esto, como se vé, es minucioso, largo é inseguro. El crédito es la rápida abreviatura de todo esto.

No se necesita sembrar el grano de trigo ni cuidarlo para traducir en pan la espiga que no ha nacido todavía.

El crédito ha venido en cierto modo á sustituir á la caridad. Antes el que no tenia un cuarto, vivia de limosna; ahora el que no tiene dinero vive de crédito.

No debe extrañarse, por lo tanto, que el crédito haga tanto papel.

Lo natural, lo lógico, es que el hombre se coma lo que se le pone delante, y delante tiene siempre todo lo que está por venir.

El crédito ha suprimido el tiempo y ha borrado el espacio.

Lo que puede ser alguna vez es ya, ha dicho y es.

La fuerza de todo sofisma consiste en hacer que las cosas sean lo contrario de lo que son.

Asi es que se ha hecho del crédito una inmensa riqueza, siendo por el contrario una inmensa necesidad.

Nos parece que es lo que sobra cuando no es más que lo que falta.